

Por si las moscas

Por si las moscas



Amira Armenta

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 2033-2026

ISBN: 979-13-7060-075-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Amira Armenta
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Para quienes los mejores crímenes son los que vienen
contados en las páginas de un libro

Esta es una obra de ficción...
aunque a veces muestre parecidos con alguna realidad.

Prefacio

La trama de esta novela sucede en una ciudad grande de un país del Sur. Una ciudad tremendamente estratificada geográfica, social y económicamente. Este es el escenario más adecuado para situar una trama de crímenes, corrupción, engaños, abuso de poder e injusticias como la que se narra aquí, bañada con una pequeña dosis de frivolidades y humor.

En una ciudad así debía existir una zona de ricos a la que he llamado El Cielo. En donde siempre hace fresco y todo es lindo y limpio. Una zona intermedia llamada El Purgatorio, donde viven los que no son ricos pero tampoco realmente pobres, y donde no hace mucho calor, aunque el clima no es siempre muy fresco. Y una zona baja y caliente llamada El Averno, donde malvive una población de indigentes y miserables, los más pobres entre los pobres. Allí los niños juegan medio desnudos en la calle entre los charcos de aguas negras de las alcantarillas rotas que nunca fueron reparadas.

La ciudad se llama El Aprieto. Los hechos suceden a finales de la sangrienta década de los años ochenta del siglo pasado.

Como amante de la novela negra, clásica, estadounidense, estas páginas pretenden ser también un pequeño homenaje a los personajes e historias de autores que he leído siempre con mucho placer, como Raymond Chandler y otros de su generación.

I. El caso

Mirella estaba a punto de irse a la cama cuando sonó el teléfono. Siempre se sobresalta cuando suena el condenado aparato tarde en la noche, le parece que llaman para darle una mala noticia, porque, qué otra cosa puede ser después de medianoche. En el momento no se le pasó por la cabeza relacionar esa llamada con el anuncio del periódico.

Pero era eso. Alguien, una mujer con acento extranjero llamaba por su anuncio en *El Heraldo*. Fue una conversación breve. La mujer le pidió que se reunieran al día siguiente a las cinco de la tarde en el bar de La Ópera. A esas horas el bar está prácticamente desolado, no sería difícil identificarla, dijo. De todos modos, por la dudas, la reconocería por el *foulard* rojo que llevaba enrollado al cuello.

¿Qué diablos era un *foulard*? Pero el hecho de que lo llevara al cuello le hizo suponer que sería alguna especie de bufanda. Una bufanda chic que debía corresponder a la voz y la manera sofisticada de hablar de esa señora, que ni siquiera se había identificado por su nombre. Bueno, bueno, qué importaba. De momento lo que contaba era que parecía que se había ganado una cliente. Motivo suficiente para alegrarse aunque todavía no hubiese nada concreto. Lo malo fue que la llamada la desveló. No bien apagó la luz, cientos de suposiciones comenzaron a tejerse en su cabeza, relacionadas con las posibles historias de esa mujer, mejor dicho, de esa voz de acento extranjero, porque hasta ahora solo era el sonido de la voz de una dama refinada, una ricachona, sin duda.

No lograba conciliar el sueño y el radio reloj despertador marcaba ya con sus grandes números colorados las dos y veinticinco de la madrugada. Esa sería otra noche de insomnio, a menos que se levantara a tomar un Restoril. Otro Restoril. Cada vez que abría la botellita con las pastillas le parecía oír la voz de mamá diciendo, te estás volviendo una adicta, hija mía, ten cuidado. Pero qué podía hacer ella, esas malditas pastillas eran lo único que lograba apagar la actividad de sus neuronas, que no paraban de generar imágenes y vivísimos monólogos interiores, y le mandaban al bulbo raquídeo de su cerebro la señal de que eran las dos de la tarde en vez de las dos de la mañana.

Ya van a ser tres años que murió mamá. No alcanzó a cumplir los sesenta. No tomaba ninguna clase de remedios, no los necesitaba, ella era una persona sana, decía. Hasta el día que se sintió un "dolorcito en la boca del estómago". Algo insignificante, seguramente una indigestión, pensó. Pero resultó ser un cáncer de páncreas tan avanzado que la mató en dieciocho días. Pobre mami, exclama Mirella cada vez que recuerda la breve pero fatal enfermedad de su madre. Con lo saludable que era. Tan saludable que el cáncer casi no tuvo tiempo de manifestarse. Ni ella misma tuvo tiempo de procesarlo.

Le dolió mucho, claro, que se muriera. Pero como se sabe, hasta las peores cosas tienen su lado bueno. Lo bueno de quedarse huérfana fue que de un día para otro, y casi sin darse cuenta, Mirella quedó libre de la cadena invisible con la que atan a sus hijos, sobre todo a sus hijas, las madres posesivas y extremadamente protectoras, como era la suya. Fue consciente de esto esa misma tarde al regresar a casa después del funeral y de haber visto, horrorizada, cómo le echaban encima metro y medio de tierra al cajón. El apartamento que habían compartido toda la vida ahora era solamente suyo. Ella podía entrar y salir cuando quisiera sin

tener que dar explicaciones por sus retrasos, o por no avisar si no llegaba a comer. Iba a poder cambiar los muebles. Nunca le gustaron esos muebles marrones pesados heredados de los abuelos. Cambiaría el color de las paredes. "Lo siento mami, pero no pude evitar estar también un poquito feliz cuando te moriste. En realidad, más que un poquito, ¡ay!".

El Restoril toma unos veinte minutos en hacer efecto, es de esas cosas que ella sabe por su larga experiencia con somníferos. Para deshacerse de la voz de la mujer del teléfono en la cabeza, y mientras esperaba la llegada del sueño, abrió la novela de Chandler que llevaba por la mitad. "Hum, ya me estaba pareciendo que esa Eileen no era una perita en dulce", pensó mientras se sumergía en el caso de Philip Marlowe, y se dejaba ganar por un dulce sueño.

Despertó al día siguiente a eso de las diez de la mañana sintiéndose perfectamente descansada y con ánimos de comenzar una nueva jornada. Abrió las ventanas de la sala, salió al balcón, y ahí estaba, extendida ante sus ojos, una buena parte del centro de la ciudad, con sus edificios altos y descascarados, su capa de esmog casi perenne, como un velo delicado que solo logra entreabrir el sol cuando se pone a brillar más que de costumbre. Lo que no era el caso esa mañana. Gruesos nubarrones comenzaban a teñir el cielo de un tono púrpura. Si el viento no los arrastraba hacia el otro lado del río Manchado, pronto se desencadenaría el aguacero. Y a un costado, a lo lejos, la montaña, con una presencia tan imponente que, quién iba a sospechar que entre sus bosques se cometían toda clase de barbaridades.

Ese día era su cumpleaños. *Happy Birthday to me*, se cantó varias veces en voz baja mientras ponía el café en la melita y llenaba de agua el recipiente de la cafetera. ¡41 abriles! Se acordaba de que el año pasado cuando cumplió los cuarenta se dijo que, lo malo no

es haber llegado ya a los cuarenta, lo malo es que dentro de un año estarás en cuarenta y uno. Y así sucesivamente. Bueno, ese plazo ahora había llegado. Pero debería alegrarse y no quejarse, cumplir otro año es una suerte. La mayoría de la gente que ha nacido en esta parte del mundo en la que ella vive no alcanza esta edad.

Entró un momento al baño a orinar, y justo en ese instante sonó el teléfono. Qué fastidio, siempre suena cuando está en el baño. Con tal de que no sea la mujer de la cita de esta tarde llamando para cancelar el encuentro, cualquier cosa. Incluso que fuera doña Pilar, la vieja del apartamento de arriba que se lo pasaba peleando con mamá. Pero ahora, desde que mamá murió, se ha hecho muuuuy amiga suya, mucho más de lo que Mirella quisiera, para pedirle toda clase de favorcitos, ay Mirellita, así empezaba siempre, ¿no podrías traerme una bolsa de leche de la tienda? Se ha hecho tarde y me da miedo bajar porque ya está oscureciendo, esta ciudad nuestra no es apta para mujeres solas por la calle, menos para viejas como yo, dicho todo con una risita traviesa. Otro día tiene que traerle el pan porque, viste, el ascensor se dañó y ella a su edad ya no tiene fuerzas para subir las escaleras de esos cuatro pisos. La última vez se le atascó el lavamanos. Qué asco de pelos tuvo que sacar Mirella de ahí.

Pero no era doña Pilar sino Jairo. Su novio. Su flamante novio. Se había acordado de su cumpleaños y llamaba para felicitarla. "Ah bueno, gracias... No, no voy a hacer nada".

Mirella no se atrevía a confesarse abiertamente el pequeño resentimiento que le guardaba a Jairo por lo que había pasado en La Agencia, la oficina de investigaciones en la que ambos trabajaban, hasta hace unos meses. Con una reorganización de la empresa debido a recortes presupuestarios, fue lo que adujeron, ella y otros empleados perdieron su empleo. En el caso de ella, poca gente lo

sabía, no había sido por los recortes sino porque un día le había pegado una cachetada al subdirector cuando éste le pellizcó una nalga. No era la primera vez que sucedía. Antes el tipo ya le había agarrado una teta. Rojo de la ira, el hombre la miró con ojos de, te vas a arrepentir de esta cachetada. Y así fue, no pasó ni un mes cuando recibió la carta que daba por terminado su contrato. Jairo lo sabía y no protestó, no dijo nada, se quedó callado. Ahí estaba el pequeño resentimiento que Mirella no lograba hacer desvanecer por completo de su mente, aunque hubieran pasado ya varios meses. A fin de cuentas, eso fue lo mejor. De haber protestado, lo único que hubiera conseguido es que lo pusieran a él también de patitas en la calle. Lo peor de todo fue que Jairo, además, insinuó que tal vez todo había sido culpa de ella por ponerse esos vestidos tan cortos y ajustados. ¡No faltaba más!

Después de eso, Jairo seguía comportándose como novio, aunque Mirella tenía sus dudas. Lo único que sabía con certeza es que él quería irse a vivir con ella en su apartamento. Decía que ese apartamento era muy grande para una mujer sola, y le había propuesto varias veces que se casaran para evitar el chismorreo de los vecinos. Lo decía además con un tono de, fíjate que al casarme contigo, a tu edad, casi te estoy haciendo un favor. Jairo es un año menor, y por eso se siente como un niño al lado de ella, y a veces la mira con cara de estar pensando, qué vieja que estás, Mirella. Ella le soltaba una carcajada. Además, el apartamento no era tan grande, replicaba Mirella frunciendo los labios, pero es verdad que no está nada mal. El edificio es viejo pero de fundamentos sólidos, y con cierto estilo, como los hacían antes. No es tan grande pero es espacioso, y el balcón que, siendo generosos también se podría llamar terraza, tiene vista a la montaña, que a esa distancia nada más refleja su exuberante belleza verde. Nada que haga imaginar los horrores que dicen que se suceden en esos bosques. Además está en pleno centro del Purgatorio, en un sector bastan-

te bueno, teniendo en cuenta las circunstancias. En cambio él, pobrecillo, se lamentaba Jairo, vivía en un cuchitril en un barrio cada vez más degradado, muy próximo a la peligrosa frontera invisible tras la cual la ciudad se transforma en un infierno. En su barrio lo que más destaca son la cantidad de putas y de iglesias, se quejaba. Mirella, por su parte, se mantenía firme, ni de fundas, no estaba dispuesta a perder la libertad de movimiento de la que disfrutaba desde que murió mamá. Lo que sería su vida con un marido en casa, ¡qué horror!

Jairo llamaba para decir que quería ir por la noche a llevarle un regalo, una pizza y un vino espumoso, para celebrar. ¡Ofrecía llevar vino sabiendo bien que ella no bebía! Es abstemia. Todas las veces tenía que recordárselo. Cómo se iba a casar con un hombre que siempre olvidaba algo tan trascendental de su carácter.

—Lo siento, esta noche no va a ser posible. Tal vez mañana. Te llamaré.

¿Por qué ella no podía esta noche, qué iba a hacer, con quién, por qué no podía celebrar con él? ¡Ay, Jairo!

Pobres mujeres, después de pasarse la infancia y toda la juventud bajo el ala de padres dominantes y controladores, caen en brazos de novios y maridos igual de sometedores. "Después te cuento, Jairo. Parece que me ha salido un caso. A ver qué resulta".

El escueto anuncio que había puesto en *El Heraldo* solo decía:

Mirella Marlo
Investigadora criminal privada
Todo tipo de investigaciones
Amplia experiencia
Tel: 748593

Si en esos momentos Mirella hubiera sabido quién era la mujer del teléfono, si hubiera podido vislumbrar el drama en el que iba a verse envuelta con el enmarañado caso que le pedía investigar, tal vez no lo habría aceptado. En ese entonces Mirella aún no lo reconocía, pero la verdad es que, como 'investigadora criminal', la manera como se identificaba en sus nuevas tarjetas de visita mandadas a timbrar el día que puso el anuncio en el periódico, y a pesar de su experiencia en La Agencia, en esas lides ella era una perfecta novata.

***

Ya nadie se sorprendía cuando estallaba una bomba. La novedad fue que esa vez la explosión se produjo en la madrugada, a eso de las tres y treinta de la mañana. Normalmente las bombas y los atentados suceden en el día, en horas en las que hay mucha gente en la calle, o en los comercios, o en las oficinas. Una bomba está destinada no solo a matar sino a causar pánico, y para eso se necesita público. Pero el atentado en el cochambroso centro comercial de uno de los sectores más desangelados del Averno no mató ni asustó a nadie en ese momento, aunque sí sirvió para destrozar buena parte de la edificación, del lado donde había una tienda de calzado, otra de ropa de mujer y una tienducha de víveres que se hacía llamar supermercado. Las fotos de los periódicos al día siguiente mostraban un revolcón de zapatos, ropa, latas de aceite, bolsas de harina, papel higiénico, trozos de vidrio, y montones de cosas difíciles de identificar, esparcidas por la acera. Al fondo se veía el hueco negro de lo que había sido la pared de la edificación. Lo único que quedó en pie fue la gruesa reja de hierro que servía para proteger los negocios. ¡Para protegerlos, qué ironía!

Las pocas personas que vivían por ahí que declararon algo después del atentado -porque nadie vio realmente nada, solo lo

oyeron, todo el mundo estaba durmiendo y no tenían ganas de levantarse a verificar la causa de semejante ruido-, dijeron que primero hubo dos disparos, y después se oyó el rechinar de unas llantas de carro grande en el pavimento, como una camioneta arrancando y perdiéndose a toda velocidad. Unos segundos más tarde se produjo la explosión.

¡Quién querría poner una bomba en semejante lugar! ¿Por qué? ¿Para qué? El edificio de dos plantas que aloja unos pocos negocios de barrio bajo, tenía la pintura descascarada; las vidrieras del frente, donde se exhibía la mercancía, estaban manchadas, o sucias porque seguramente nunca las limpiaban. Los clientes de estas tiendas no entran ahí precisamente por el glamour de los productos en venta. La ciudad está acostumbrada a los atentados en los barrios ricos, pero éste, en semejante sitio tan miserable, no tenía pies ni cabeza. A menos que fuera un arreglo de cuentas entre pandillas de poca monta. Pero esta gente no acostumbra a arreglar sus cuentas de esa manera. También se especuló que podían ser cosas de la alcaldía de la ciudad interesada en desalojar la zona, aunque fuera por las malas, para reurbanizar y mejorar el aspecto del barrio, lo que haría subir los alquileres. Era sabido que el municipio les estaba pidiendo las casas a los inquilinos y estos no se querían ir. Ninguna de estas teorías se pudo comprobar.

Antes de que el asunto terminara por olvidarse completamente, como sucedió, hubo un par de acontecimientos más comentados por la prensa esos días: una semana más tarde o algo así, se presentó en la policía un tipo diciendo que él había visto lo sucedido. Era un individuo de aspecto andrajoso, un mendigo que dormía en la calle, y esa noche se había quedado casualmente cerca del edificio en cuestión. Dijo que había visto una camioneta, no podía decir de qué color era porque estaba muy oscuro,

pero había visto lo suficiente para saber que era un carro nuevo, de un modelo reciente. El poste de la luz que quedaba al frente de los locales se había caído el día anterior, bueno, caído, unos días antes un vehículo se había estrellado contra el poste derribándolo, y dejando a oscuras una buena área frente al edificio de comercios. Otra cosa que vio el mendigo fue que iban dos hombres en el carro. Por supuesto, no les vio las caras, pero también vio que el que iba al lado del chófer sacó un brazo por la ventana e hizo dos disparos al aire. Aunque el número de disparos coincidía con lo que habían dicho otros, la policía no se tomó muy en serio la declaración del mendigo porque era un reconocido borracho del sector, y quién aseguraba que esa noche no estaba como una cuba, como todos los días.

La otra primicia se conoció casi un mes más tarde, y provino de un hombre apellidado Castillejo, que aseguró que él era el dueño del supermercado afectado, y que él sabía quién había dado la orden de poner la bomba. De hecho la bomba iba dirigida específicamente contra él, Castillejo, por un asunto sucedido en el pasado. ¿Qué asunto, preguntó la policía? Pero el tipo se negó a soltar palabra. Este silencio, además del hecho de que el tal Castillejo estaba en la cárcel desde hacía algunos meses a la espera de condena por ratero -a él y a sus secuaces los habían pillado robando en un apartamento del sector rico de la ciudad- ayudaron para que no se lo tomaran en serio. Ahí terminó todo. Es decir, por el momento.

***

Los nubarrones de la mañana terminaron desgajándose después del mediodía en un fuerte aguacero. Mirella había ido al banco a pagar las facturas de los servicios, agua, luz, teléfono, que estaban

a punto de vencerse. Al salir no tuvo más remedio que guarecerse bajo el alero de un edificio a esperar que la lluvia amainara. Eran solamente unas pocas cuadras hasta su casa, pero con semejante chaparrón no había paraguas que valiera. Varias personas más esperaban junto a ella. Un hombre con un maletín de cuero marrón con pinta de vendedor de seguros, consultaba repetidamente la hora en su reloj de pulsera. De repente pasó frente a ellos alguien corriendo, y al poco una mujer que estaba a un metro de distancia de Mirella pegó un grito, "Aaayyy, me jalaron la cadena". Una cadena de oro con una medalla de la virgen del Carmen, también de oro puro de 18 quilates, repetía la mujer llorosa una y otra vez. Ayyyy, un desgraciado le había rapado su preciosa cadena.

Todos habían visto a alguien correr frente a ellos, pero con el desorden y la algarabía de la lluvia nadie se había fijado en el aspecto de la persona. Era una muchacha, dijo alguien, pero llevaba puesta una gorra y parecía un chico. No, dijo otro, era un muchacho, yo le vi el bigote. Mientras tanto la víctima se tocaba nerviosa la fina huella de sangre que le había dejado en el cuello el arañazo del ladrón, o la ladrona, al arrancarle la cadena. Al poco se presentó un agente de policía que con gesto displicente se sacó una libretita del bolsillo y apuntó despacio los datos de la víctima, nombre, teléfono, dirección, objeto robado, valor aproximado de la joya. Dos testigos, uno de ellos era Mirella, estuvieron dispuestos a corroborar el raponazo aunque no lo hubieran visto realmente, y eso era todo, ahora la señora podía presentar la queja en la jefatura de policía del barrio. Un viejo que había estado también bajo el alero y había presenciado la escena sin decir ni mu hasta el momento, de repente se echó a reír. ¡Oiga señora, quién la manda a usted a salir a la calle con una cadena de oro! Puede darla por perdida para siempre. ¿Para qué va a presentar queja? Eso es tiempo perdido, mi señora, ¿cuándo han agarrado en El Aprieto a un ladronzuelo callejero? Ni ladrón pequeño, ni